

divina, porque es sublime! *¡Semel jussit, semper paret!* En verdad, estáis bien atrasados, señores, los que os llamáis filósofos del porvenir. ¡Preguntad á Séneca que vivía hace veinte siglos, no le costará trabajo el responderos!

»¿Cómo pretendéis sostener semejante sistema? No apelamos aquí á la conciencia universal y á la autoridad del testimonio, ya no son estas sanciones suficientes para nosotros; apelamos á vuestros más elementales principios, los más indefectibles de lógica; apelamos simplemente á vuestro sentido común. ¡Cómo! cuando inteligencias tales como Kepler, Newton, Euler, Laplace, Lagrange, á pesar de su genio poderoso que los elevó de cien codos sobre la humanidad, sólo han logrado encontrar una *expresión* de las leyes que rigen al universo, dar una *fórmula* de las fuerzas del Cosmos; cuando estos ilustres matemáticos hubieran sido incapaces de *imaginar* por sí mismos una sola de esas leyes, de sacarla de su cerebro de hombre, no de ponerla en acción, sino simplemente de *inventarla*, de darle una existencia abstracta y estéril, ¿se pretendería que estas leyes no proclamasen á la Inteligencia superior, que creó y puso en acción á esas potencias cuyas fórmulas apenas puede el hombre balbucear? Pero esta es, en verdad, una forma de raciocinio inexplicable y si nouviésemos junto á nosotros, desgraciadamente, el ejemplo palpable, fuera increíble que hubiese quien, fijándose en pruebas tan manifiestas de una inteligencia ordenatriz, no reconociese sobre esas leyes admirables al Sér supremo que formuló las leyes y las impuso al Universo. ¡Singular raciocinio el de no creer en Dios, á pesar de la evidencia, porque no lo comprendéis! Pero, ¿y qué comprendemos nosotros aquí? ¿Sabemos siquiera lo que es un átomo de materia? ¿Conocemos la naturaleza del pensamiento? ¿Podemos analizar la esencia de las fuerzas físicas? ¿Sabemos que es la gravitación? ¿Sabemos tan sólo si existe como sustancia ó si no es más que el nombre de una propiedad desconocida inherente á la materia?..... No comprendemos nada en su ausencia, ó poco menos que nada; vosotros lo reconocéis como nosotros. Por lo tanto, ¡qué absurdo! (nos valemos de esta palabra insuficiente, porque queremos permanecer en el terreno de la lógica), ¡qué absurdo condenar á Dios á muerte, no quererlo, negar injuriosamente su existencia, por razón de que no se comprenda! Dios existe... etc., etc.»

Una de las formas de esa filosofía incrédula, de esa filosofía atea que pretende avasallar la razón y sojuzgar la juventud, proscribiendo en sus locas exigencias las creencias religiosas de los pueblos y cuanto corresponde á la metafísica, ha sido el *positivismo*, cuyos propagadores en nuestros tiempos son Augusto Comte y sus discípulos, quiénes han tenido la audacia de tomar por lema: «Reorganizar sin Dios ni rey, y sólo por el culto sistemático de la humanidad.»

No más filosofía especulativa, exclamaba el señor Grupp; y esta terrible voz de alarma se miró con prevención y hasta fué rechazada por la mayoría de los sabios alemanes. ¿Pues, acaso, el positivismo intransigente y furibundo no se engolfa con el mayor entusiasmo en los problemas más abstractos y metafísicos de la ciencia? Aquí está la cuestión tan debatida sobre lo infinito, y las que de ella derivan, acerca el espacio, el tiempo, la masa y la extensión. Estudiad los diferentes pareceres científicos de los señores Tiberghien, Carnot, Comte, Cavaliere, Vundt, Zöllner, Riemann y otros distinguidos pensadores de la escuela positivista, y veréis cuán poco acordes andan en muchos de sus principios fundamentales.

¿Por qué habéis de proscribir á la metafísica de los conocimientos que en nuestro siglo conducen á la humanidad por el brillante camino de la Naturaleza? ¿Por qué buscar antagonismos irreconciliables, enemistadas forzadas, rivalidades incomprensibles entre la filosofía y lo que llamamos ciencias experimentales y de observación? Lejos de nosotros toda idea de emancipación, toda tentativa hostil contra ninguna de las grandes y trascendentales concepciones que el sabio sintetiza reuniendo las experiencias repetidas de muchas generaciones y las que se realizan en nuestros tiempos para demostrar las leyes del mundo fenomenal. La metafísica no tiene carácter negativo.

¿No la véis asociar las abstracciones aisladas que vagan sin cohesión y sin enlace lógico en el mismo mundo donde funcionan? Pensamientos fugaces, concepciones vaporosas, ideales que se perderían en la inmensidad de los espacios, hechos aislados que quedarían sepultados en el olvido si no buscasen por medio de las leyes generales el lazo de unión que las constituye en un método razonable y filosófico. Sin la concepción de una ciencia superior que abraza las teorías y las hipótesis para ensanchar el campo de la inteligencia en estos límites á los cuales Dios ha señalado el infinito, el hombre se degrada, llega á envilecerse, el espíritu se achica aprisionado por la mezquindad de un grosero automatismo, fruto de la escuela escéptica que tiene aherrojado al hombre y mata toda civilización. Se halaga con palabras huecas y vacías de sentido los instintos y las pasiones de los hombres del trabajo, se les seduce con sociologías que ellos no comprenden, se les excita los deseos y las necesidades superfluas de una vida agitada y bulliciosa y se les llama *desheredados*, porque no figuran en las orgías y en las bacanales de la política, predicándoles una emancipación utópica, funesta y tormentosa para aniquilar la sociedad. ¿Pues qué, no tenemos acaso todos que vivir con el sudor de nuestra frente?

No hay que hacerse ilusiones. La vida de la Naturaleza permanece inalterable, es la misma, y continúa sin cambio alguno al través de la serie de los tiempos. Los organismos y las esperanzas no se han modificado después de

seis ó, tal vez, ocho mil años cuando menos, y sus gérmenes siguen siendo lo que antes fueron. El agua cambiará de estado por la acción del calor; pero su composición elemental continuará siendo la misma que era en su primera creación por la Omnipotencia Divina; y si el carámbano quema las plantas en vez de nutrirlas, como dice un autor moderno positivista, es porque el agua sólida roba el calor que necesita para adquirir el estado de liquidez. La poesía positivista, á pesar de su rigorismo, buscando en la Naturaleza las leyes de los fenómenos que estudia y mirando con desdén los principios que corresponden al orden moral y psíquico, no puede menos de respetar ciertas entidades metafísicas que están en la conciencia de la humanidad.

¡Fuera de hipocresías embozadas con más ó menos maestría! Si el positivismo ó el unicismo es una escuela que quiere ignorar, que hace como que desconoce la esencia, atributos, condiciones y principios que regulan los movimientos y caracteres que distinguen aquellos objetos que no pueden apreciarse por los medios directos que tienen los hombres para conocer el valor de las cosas, es decir, los sentidos y sus impresiones combinadas por la razón y la inteligencia; si el positivismo, repito, relega á la indiferencia y al desprecio las ideas preconcebidas; si rechaza los principios *a priori* y sólo acepta única y exclusivamente lo que el empirismo le demuestra; si para el positivismo la teología y la metafísica son sueños y delirios, porque sólo admite la materia, á la cual están unidas las fuerzas ó propiedades; la filosofía positivista ha hecho bien en declarar á la faz de la humanidad que la doctrina que propaga es atea, materialista y sensualista.

Para nosotros las entidades metafísicas son muy legítimas, y sin ellas no sería posible explicar satisfactoriamente y ajustado á la razón, las leyes de la Naturaleza que representan el mundo fenomenal, las cuales siendo constantes é invariables prueban sin ningún género de duda una inteligencia ordenadora, una preciencia indiscutible, una obicuidad incomprensible, una causa primera y final, un plan divino, en fin, organizado por un Creador infinito, sabio y eternamente presente en el universo.

El positivismo, apenas salido de la cuna, ha presentado entre sus más distinguidos sostenedores disidencias fundamentales, de las cuales dimanaban otras tantas sectas. «El ideal de M. A. Comte, dice el abate Moigno, como él mismo proclama, fué la organización católica sin doctrina católica, el Catolicismo sin Cristianismo... La ley tan ensalzada de los *Tres estados de la ciencia*, sólo nos revela una serie de afirmaciones más ó menos contradictorias de una verdad imperfectamente interpretada; y su clasificación de las ciencias, más jactanciosa aun bajo el punto de vista histórico ó lógico, según mi parecer, está absolutamente desprovista de mérito... La filosofía positivista contiene multi-

tud de particularidades contrarias al espíritu mismo de la ciencia... M. A. Comte ha excitado á los hombres de talento á meditar profundamente sobre los problemas sociales y á luchar con nobleza para la regeneración de la sociedad. Este impulso, si yo no me engaño, hará que el nombre de Augusto Comte no quede de todo punto olvidado.»

Hoy día se conocen positivistas, monistas é idealistas, y positivistas dualistas y espiritualistas. En ellos están representadas las dos grandes divisiones de la escuela materialista que le ha dado el sér. En la docta Alemania comienza el movimiento kantiano, que se propaga con la mayor rapidez por Francia, Italia y España, el cual aspira á aclarar los antagonismos de H. Spencer y Littré. Las obras de Feuerbach y Büchner conducen á un materialismo grosero que rechaza el buen sentido y la moral; las de Taylor, Bagehot, Bückle, Draper, S. Mill, A. Dumás (hijo) y E. Girardin, penetran atrevidas en las ciencias empíricas para implantar en ellas los principios de la escuela positivista. Con un desenfado y una audacia inconcebibles buscan en la geología, la paleontología, la biología y la antropología, en la física, la química y la historia natural los materiales científicos que han de proporcionarles un triunfo real y permanente. Sin embargo, algunos de sus adeptos convienen que la materia no puede pensar, y Meyer asegura que la forma y manera como el alma está unida al cuerpo será siempre un problema de difícil resolución. Waitz acepta la unidad específica del humano linaje, y Cornill, con su realismo conciliador se eleva hasta la fe, la Religión, el Cristianismo y Dios; manifestando á la vez que ni las ciencias de la Naturaleza ni las filosóficas pueden contentarse con estas teorías extremas que constituyen una necesidad al par que empírica, especulativa. Parece que los positivistas, perdidos en el campo de las mismas ciencias experimentales, buscan la salvación en la sociedad que tanto perturban sacando á la mujer de su sagrada y augusta misión. ¡Ah! hoy el positivismo es un paganismo utilitario ataviado con las aplicaciones que de los descubrimientos científicos se hacen á la industria, á las artes manufactureras y á la agricultura, que tienen su centro en el Reino Unido, para traspasar muy pronto el golfo mejicano, y absorber en horrendo suicidio la civilización greco-latina.

El llamado *ateísmo*, tan intransigente en nuestros tiempos como irreflexivo, viene á influir directamente en la educación de la juventud, y con especialidad á la que se dedica á los estudios experimentales. De estas exageraciones imprevistas, de estas predicaciones inoportunas, donde se truecan los principios morales y de derecho y se desdeñan ó se desprecian las creencias y la fe religioso-católica, nace esa justa y razonable alarma de nuestra sociedad, que el positivismo unicista llama *superstición* del sentimiento católico, contra sus extravíos materialistas.

El ultramontanismo, saliéndose de su esfera é insinuándose también muchas veces por las altas regiones del poder, y so color de defender y amparar el Catolicismo, ha ocasionado marcados disgustos que desgraciadamente fueron en todos tiempos y son en el presente, preludio fatídico de deshecha y asoladora tormenta. El dogma católico se halla fuera de la diplomacia y está separado del espíritu intransigente de los partidos políticos, filosóficos y científicos, siquiera estén dominados por altas instituciones; está mucho más elevado de los intereses particulares de determinadas corporaciones y sociedades, gira en diferente órbita, y no ha de servir, por cierto, de escudo, á planes diabólicos é irrealizables.

No nos cansaremos de repetirlo. La santa doctrina del Crucificado no necesita para su apoyo y sostén y para su constante propagación, la influencia de los partidos políticos. En su alcázar, como dijo el excelentísimo señor cardenal Payá, cabe la humanidad entera, que fué redimida por Jesucristo.

«No hay orden social posible, ha dicho con sobrada razón el excelentísimo señor D. Alonso Martínez, sin la fe religiosa que difunde resignación al proletario hambriento, cuyo solo lote en el mundo es el trabajo, ahogando las tentaciones y calmando las tempestades que la presencia del rico y los placeres del lujo levantan en su corazón, desgarrado por la miseria y agitado por la envidia y la concupiscencia. En España es más necesaria que en otra parte alguna la prudencia de los escritores, ya por el respeto que merecen las creencias y tradiciones de nuestro pueblo, educado en la unidad católica, ya por la vehemencia propia de nuestra raza meridional, que se asfixia por falta de aire respirable en las altas esferas de la especulación, y sedienta de representaciones, imágenes y realidades se posa al punto en la tierra pasando bruscamente de la idea á la acción, y ya, en fin, por el carácter y las tendencias de la doctrina filosófica entre nosotros dominante.»

El positivismo, siguiendo las opiniones del materialismo, de quien deriva, y de las doctrinas transformistas, concede al hombre el carácter de sociabilidad, con preferencia á cuanto depende de su naturaleza racional. Empero proclama á la vez que muchas especies de animales y en particular los cuadrumanos se reúnen en grupos, en los cuales se observan ciertos fenómenos que tienden á probar su sociabilidad; deduciendo de ello la señora de Royer en su libro intitulado *El origen del hombre y de las sociedades*, que los cuadrumanos tienen el instinto de la solidaridad quizá más desarrollado que el hombre.

No consideramos que la sociabilidad en el hombre consista solamente en ciertos instintos propios de determinadas especies de animales que continúan realizándose sin interrumpirse, puesto que esta clase de fenómenos son inherentes á su existencia y organización, fatales, si han de conservarse, y funcio-

nales además en su manera de ser. La sociabilidad humana entraña en sí un organismo peculiar, donde la libertad, así física como moral, se manifiesta bajo variadas formas. La vida social no es, por cierto, la reunión de algunos seres de una misma especie y diferente sexo en determinados momentos y épocas para un fin señalado por la Naturaleza, que nosotros juzgamos según un



Emmo. Sr. Cardenal Dr. D. Miguel Payá y Rico.

critorio más ó menos razonado, ni tampoco la constituyen algunos fenómenos que tienen lugar en virtud del organismo y que son parte integrante de él, y que muchas veces los apreciamos según conviene á nuestra especulación ó entusiasmo. La razón puede conducir al hombre á la ley moral y de aquí al derecho natural y á la sociedad humana, única que existe y puede aceptarse.

El hombre no puede vivir aislado, y Dios le dió una compañera. La familia

es una condición especial é indispensable al linaje humano, y los vínculos que establece la consanguinidad forman un lazo social de afinidades llamado parentesco, que mancomunan y concentran las afecciones de la moral y los intereses de esta vida, y que no sin razón se llaman *intereses de familia*. El linaje humano se halla esparcido por toda la faz de la tierra, donde se ha diseminado y vive reunido con otros seres semejantes en tan vasta superficie. Por todas partes los hombres se agrupan en familias, forman sociedades, tribus, repúblicas y reinos en virtud de esa ley de sociabilidad que sólo corresponde al reino hominal, ley encarnada en su propia naturaleza, de la cual no puede prescindir, y que observada por los antiguos hizo que se designara al hombre con el epíteto de *animal político*. El hombre siente en sí mismo una necesidad imperiosa, un deseo vehemente de vivir con otros seres semejantes y hasta de buscar el punto donde vió por vez primera la luz de la gracia. Nada le importan las incomodidades ni los sinsabores que á cada paso se le presentan, si al fin consigue ver á su patria querida y volver á su primera sociedad, donde encuentra las afecciones y simpatías más gratas á su corazón y el embalsamado ambiente que inundó su pecho al recibir el primer soplo de la vida terrestre. «No puede ponerse en duda, dice el ilustrado señor F. Laurent en su *Historia de la humanidad*, que el hombre es un sér destinado á vivir en sociedad; *el salvajismo de Rousseau es una paradoja.*»

En el origen de toda sociedad humana se observa la unión de los dos sexos, y el cuidado y educación de la prole constituye el fundamento de la verdadera familia. El hombre ama y considera á su mujer como parte integrante de su sér, la respeta como el complemento de su existencia moral y física y tiene en los hijos una completa satisfacción de verse reproducido. Esta pequeña sociedad, este punto, al parecer insignificante en la historia de la humanidad, data desde la primera pareja, desde Adam y Eva, que dan á conocer los libros mosaicos y confirma la Religión de Jesucristo. Siempre hemos considerado como una vulgaridad repugnante á la dignidad del hombre, detestable, inmoral y asquerosa la *promiscuidad* de los sexos, indicada por Platón, y reproducida, como otras muchas, por el loco y extraviado socialismo de nuestros días, con la frase encubierta de *amor libre*. El *hetairismo* de Lubbock es repugnante; en las islas de Saandwich, en los Tortiyares de la India y en los Sioux de la América del Norte no existe esa mancomunidad de mujeres que se ha dicho, sino matrimonios múltiples entre los varones de una familia con las hembras de otra. Las costumbres de los pueblos salvajes, generalmente mal conocidas y peor estudiadas, darán lugar á dudas é interpretaciones forzadas siempre que se saquen de su curso natural: el hetairismo no se conoce en la historia de la humanidad, repugna tanto al hombre como á la mujer, siquiera sean salvajes.

Para rechazar semejantes aberraciones del espíritu de los hombres ha dotado Dios al linaje humano de un alma inteligente y racional. Y si la idea de la poligamia se halla admitida en muchos países y en sectas donde la mujer, que es el ángel de consuelo para el hombre, permanece esclava, tiranizada y envilecida hasta perder el elevado y santo carácter de persona humana ¿no demostrará con lenguaje elocuente la decadencia social y moral de estas regiones? ¿Qué sería de la sociedad si sólo obrásemos en virtud de un instinto brutal y abjurásemos de nuestras facultades psíquicas y religiosas? ¿Qué sería de la humanidad con la realización de una animalidad sin freno? ¿Nos será permitido conceder, sin que se resienta y ofenda nuestra dignidad y amor propio, que sólo la maternidad es el origen de la sociedad y de la familia humana, como pretende sostener la escuela de Darwin? Este matriarcado habrá existido entre algunas tribus salvajes, pero entre nosotros no es posible, porque envilece á la mujer y la separa de la santa misión que le señaló el Evangelio. Calificamos esta pretensión de poco decorosa y hasta inmoral, porque nos arrastra á una degradación que el sentimiento interno del hombre rechaza por un instinto natural, y que la sociedad jamás podrá tolerar. Nosotros apelamos á la honradez y buena fe de todos los hombres que militan en las escuelas materialista y positivista; nosotros nos dirigimos á los autores positivistas más recalcitrantes que tengan hijos, y deseamos que nos digan si verían con verdadera indiferencia la promiscuidad de los sexos ó el hetairismo.

Por otra parte, «un hombre no debe tener más que una mujer, dice, con verdad, el ilustre conde Buffón, así como una mujer no ha de tener más que un hombre, siendo esto una ley dictada por la Naturaleza en el mismo hecho de ser casi igual el número de las hembras al de los varones; y por consiguiente no han podido los hombres establecer leyes contrarias á este principio sin desviarse de lo que prescribe el derecho natural y cometer la más injusta tiranía.»

La unión del hombre con la mujer está, pues, indicada por las leyes naturales, y el matrimonio, en la forma como está establecido por la legislación canónica, enaltecido y santificado por el Catolicismo, es una garantía de progreso y civilización que representa el estado propio y natural del hombre y de la sociedad humana. No nos causan mella y miramos con indiferencia las observaciones más ó menos exageradas de los señores Darwin y Lubbock, los arranques atrevidos de C. Vogt, las utopías de Diderot y Schiller, que recuerdan las inmoralidades reglamentadas de Platón y Aristóteles, que vemos reproducidas en los Estados de la Unión Americana; no nos produce, en verdad, ningún desasosiego, ni jamás nos hemos preocupado por lo que se llama por espíritus apocados *las terribles leyes de Malthus*, economista pusilánime y me-

ticuloso que jamás supo apreciar los altos fines de la Providencia; creemos y estamos íntimamente persuadidos, por el contrario, que el matrimonio, que ha sido poetizado por los genios inspirados de Goëthe y Milton, reporta un bien incalculable, que se halla bajo el impulso de un amor casto y puro, que está dulcificado por los estrechos vínculos de la sangre, que es la piedra angular del progreso y de la civilización modernas, y que la Iglesia de Jesucristo lo santificó y elevó á sacramento.

El matrimonio es, pues, un vínculo social por su esencia, es el amor subordinado al derecho de la sociedad, como ha dicho el señor Fabié, y la intervención del Estado civil podrá tener sus razones de conveniencia y política, que no satisfacen á la mayoría de los hombres que quieren vivir en paz y gracia de Dios: la cuestión del divorcio será siempre una cuestión falta de moralidad, que sólo podrá satisfacer al libertino. Estos temores de ciertas escuelas acerca las subsistencias y el pauperismo, desaparecen ante las augustas palabras del gran filósofo francés, del abate de Lamennais en *La palabra de un creyente*: «Hay lugar para todos sobre la Tierra, dice este sabio, y Dios la ha creado bastante fecunda para satisfacer abundantemente las necesidades de todos.»

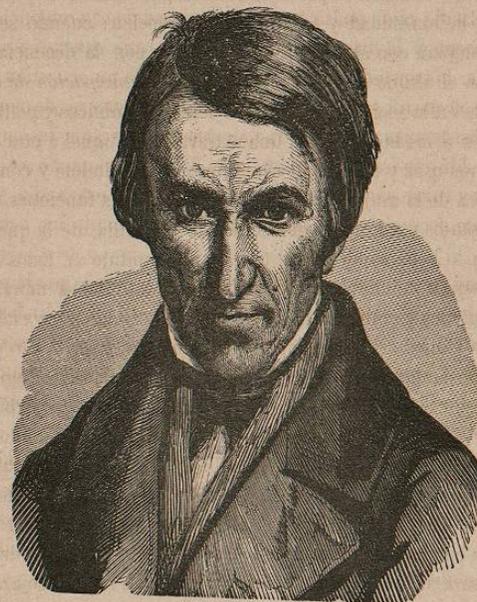
Es la verdad, que el señor de Malthus será considerado por la escuela católica como un economista misántropo, que no ha sabido medir las desgracias de la humanidad, sus miserias é infortunios, con las fuerzas productoras que Dios ha dado á la Naturaleza; y Darwin un naturalista fatalista angustioso para quien la Tierra no tiene espacio donde el hombre viva tranquilo y satisfecho. No hay que olvidar que Sir Carlos Darwin es inglés.

Aceptar en la forma y manera que lo hace la escuela materialista ó unicista, sentando como ley suprema, «que el matrimonio no es otra cosa que la unión de los sexos, realizando un acto puramente físico;» está fuera de nuestras creencias y convicciones, porque hunde en el fango y en la ignominia la nobleza del hombre y la pureza angelical de la mujer.

Oigamos por unos instantes al sabio sacerdote de las Escuelas Pías de Cataluña, al ilustre R. P. Llanas en su erudita conferencia del día 25 de Marzo de 1878:

«Y si mi lenguaje es el lenguaje de la verdad, decía este sabio, habréis ya comprendido el estrago que causa y el despotismo que ejerce en el individuo el materialismo sensualista. Pero y qué, Señores, ¿si ha tenido la impudencia de penetrar en el santuario de la familia, y viciar en su primer manantial el gran río de la vida humana, no extrañéis que su corriente arrastre tanto légamo impuro! Cuando en nombre del progreso se acusa de latrocinio á la propiedad, la familia se estremera sobre sus bases, porque la propiedad es el pri-

mer sostén social de la familia. Cuando una filosofía que se apellida soberana, califica de tiranía insufrible á la indisolubilidad conyugal, el amor que es el aroma vivificador de la familia, abandona sonrojado el hogar doméstico, y transformado en pasión pasea con aire triunfante el último giron de la vergüenza pública. Cuando los pretendidos regeneradores de la sociedad proclaman en voz alta el amor libre y la comunidad de bienes, negando toda diferencia intrínseca entre la virtud y el vicio, entre la pasión y el sentimiento, entre la inteligencia y el instinto, igualando al hombre y al bruto, y buscando



Lamennais.

la descendencia humana de la paternidad de los irracionales, la familia es arrebatada por el vendabal de las pasiones, la sociedad corre á los abismos caóticos del desorden postrero, y la humanidad agoniza entre convulsiones apocalípticas. ¡Gran Dios! ¿Todavía el hombre no ha pronunciado la última palabra de sus aberraciones? No, Señores; no le basta al hombre sin fe, que la familia quede asfixiada bajo la fría losa del materialismo; quiere tener el placer bárbaro de contemplar á la familia degradada, envilecida, y al efecto emponzoñado el manantial de la vida humana, calificando de amancebamiento el

matrimonio canónico, la unión bendecida por la Iglesia. Señores: ¿por qué extrañáis que reine la anarquía en nuestras sociedades, que no se respeten los poderes públicos, que no se observe la justicia, que el crimen pasee en medio de nuestros pueblos, alimentado de víctimas y ceñido de laureles? ¿Qué otros frutos puede dar ese materialismo grosero que se inocular en las venas de los individuos, que se infiltra en las arterias de la familia?... etc.»

Otra aberración de actualidad, que consideramos incompatible con la naturaleza, son los derechos políticos reclamados para el bello sexo. Cuando la mente se ofusca y la razón se perturba con utopías diabólicas y pensamientos que la moral, la honestidad y las costumbres repelen; cuando se tienen exigencias que pugnan con el buen sentido y hasta con la decencia; pedir á la civilización en el último quinto del siglo XIX la *emancipación de la mujer*, y que represente en la sociedad los mismos derechos públicos y políticos que las leyes conceden á los hombres, es una extravagancia igual á otra cualquiera, ajena á nuestros usos y manera de ser, impropia á la índole y constitución física y biológica de la mujer, á su forma orgánica, á las funciones que desempeña y á los santos y sagrados quehaceres de la familia, de la que es el alma y la vida: ya lo hemos indicado al terminar el Capítulo XI. Estos lamentables extravíos arrastran indudablemente á la mujer á desórdenes morales, á situaciones repugnantes y embarazosas, á escenas y escándalos insociables, á delirios, suicidios y otros crímenes que degradarán al bello sexo y lo precipitarán en el hediondo fango de la abyección. Las obras tituladas *La sujeción de la mujer* escrita por Stuart Mill y *La emancipación de la mujer* debida á la elegante pluma de la señora Hedvins-Dobing y otras de la misma índole, más que útiles y beneficiosas para la educación del sexo femenino, enervan sus sentidos y excitan sus instintos angelicales, nobles, levantados y amorosos para cambiar y modificar su ser moral y el objeto para que fué creada. En el libro de ésta última emancipadora leemos, lo que sigue: «Un día vendrá en que la mujer se cansará de manejar la aguja y la espumadera; y arrojará lejos de sí con desprecio, esos ridículos símbolos de su debilidad, un día en que se cansará de oír esas eternas frases con que es engañada desde el principio del mundo, y dejará de obedecer á ese déspota llamado *hombre*; un día en que exigirá que se le obedezca, porque él es inferior á *ella* en talento; un día en que penetrará en el templo de los hombres, ocupará sus cátedras y predicará un nuevo Evangelio; la buena nueva de la *masculinización* de la mujer.

»La mujer ese día ocupará el sitio del hombre, desempeñará las funciones que el hombre le ha arrebatado abusando de su fuerza física; y entonces el tirano caído no tendrá otro remedio que empuñar la aguja y la espumadera.

»Al paso que *masculinizaremos* á la mujer *afeminaremos* al hombre. Cui-

dará la casa y se ocupará en su prendido, mientras que la mujer le pagará la cuenta del sastre. Como compensación de haber abdicado, tendrá el hombre el puesto de preferencia en la casa y en la mesa, mientras que la mujer irá á la Cámara y á la bolsa y defenderá la patria con las armas en la mano.....» ¡Cuánta locura! ¡Cuánta extravagancia! ¡Cuánto delirio é insensatez!

Estos libros, que pueden considerarse como el producto de excitaciones anormales, están destinados á metamorfosear á la mujer, que siendo el ángel de paz, el iris de gloria, de consuelo y de caridad, el dulce y cariñoso lazo de la familia humana, la guardadora fiel y activa de la honra y de los intereses, el espíritu inteligente y cabeza vigilante del hogar doméstico, se transforme en un monstruo abominable, en una harpía, en un foco de maldad, en despreciable espadachin, en un agente de travesura y de corrupción..... Lo que hemos llamado hasta aquí *sexo bello*, sería entonces, siguiendo las doctrinas de estos delirantes pensadores, el sexo que habría envilecido y degradado la dignidad humana, el sexo abominable, que lejos de enaltecerse con el dictado de ángel custodio de la familia, sería el laboratorio de la iniquidad, del vicio, del desenfreno, de la deshonra y de la corrupción, como antes dijimos. La mujer no puede degradarse hasta este punto, porque quebrantaría las leyes que Dios impuso á la naturaleza.

No seremos nosotros los que, como aquellos graves doctores del Concilio de Maçón, pongamos en duda la existencia del alma humana en la mujer, ni mucho menos recordemos aquella cuestión filológica suscitada por un alto prelado. No somos nosotros, por cierto, de los que anatematizan la educación de la mujer, ni pensamos que todas han de entregarse á tan lamentables extravíos, ni tampoco de los que creen que sus facultades intelectuales y perceptivas son inferiores al hombre. Bien lejos de estas vulgaridades, queremos para la mujer una educación amplia y completa, que sea moral y religiosa y encaminada á su destino en la sociedad y en perfecta armonía con su constitución biológica; queremos que sea respetada, atendida, muy obsequiada y distinguida, para que cumpla el santo destino que Dios le dió en la obra de la Naturaleza, porque la mujer es todo sentimiento y amor. Sabemos y estamos plenamente convencidos que sus facultades intelectuales son las mismas que en el hombre, que comprende quizá con mayor facilidad y que sus resoluciones son más atrevidas y rápidas, y tal vez, más sagaces; pero á estas ventajas les falta, en general, reflexión y aplomo, genio inventivo y sobre todo poder dominar los impulsos naturales de su *segundo corazón*, por el cual la Naturaleza quiso que fuese inferior al hombre bajo el influjo funcional del organismo.

No sin razón dice el señor Don Francisco de Asís Pacheco, en su libro titulado *La misión de la mujer en la sociedad y en la familia*; el cual usando de

un criterio elevado, digno y profundamente filosófico, demuestra que la mujer no es inferior al hombre, sino que le es superior en el sentimiento del amor.

«Partimos, dice este pensador, de la base discutida de que el amor es una necesidad natural y social, y de que el amor está en ese conjunto de afectos y relaciones que hemos bosquejado. Ahora preguntaremos á los que reclaman la pretendida emancipación de la mujer, á Mr. de Girardin y sus admiradores, á Dumás y los suyos, á Stuart Mill y á tantos otros ¿la mujer ante el amor, es igual al hombre?

»Necesariamente han de contestar que no, porque la mujer siente más el amor que el hombre, porque si en la vida del hombre el amor constituye una fase bellísima é influyente, en la existencia de la mujer el amor lo forma todo ó casi todo; porque al hombre la Naturaleza le ha reservado de sus sublimes transportes una impresión pasajera, y á la mujer le deja honda huella de dolores y fatigas, que la sujetan á un fin y al cumplimiento de ineludibles deberes durante el resto de su vida. El día que los emancipadores nos demuestren que la paternidad y la maternidad son enteramente iguales podrán aceptarse sus sofismas. Entre tanto habrá que atenerse á las diferencias que encontramos, tan elocuentes como trascendentales.

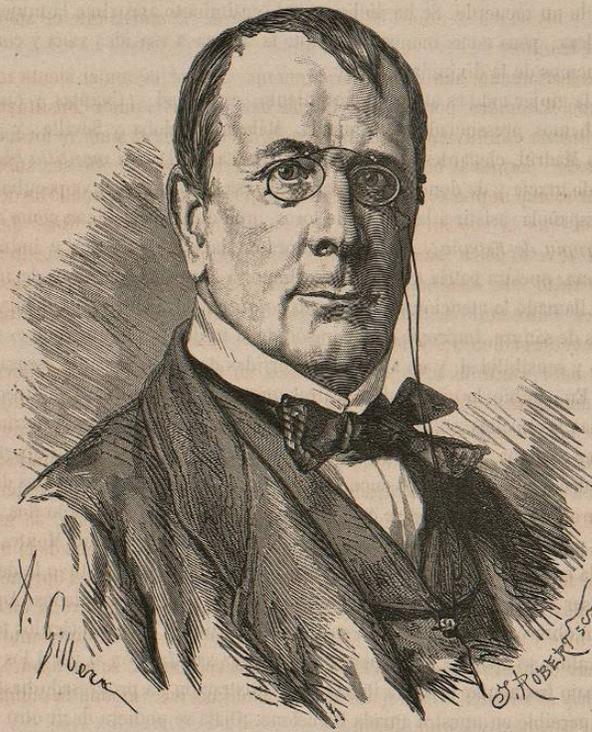
»El amor, continúa el señor de Pacheco, en la vida de la mujer ejerce necesariamente una influencia decisiva; en la del hombre no. ¿Es esto injusto? ¿Es inicuo? No quiero averiguarlo, no intento discutirlo. Recordad vosotros, si queréis, por qué en ese deslumbrador espacio, poblado de mundos y de soles, los planetas se han agrupado en sistemas; investigad si os place, por qué la semilla arrojada al suelo rompe su tenue envoltura, se esponja, se ensancha, se extiende, se bifurca y lleva una de sus ramas hacia el seno de la madre común, mientras que otras surgen á través de la capa que las oprime, formando hoy tallos de hierba que mañana serán arbustos, y dentro de un siglo corpulentos y añosos y elevados árboles. Recordadlo y medítadlo cuanto queráis; pero combatirlo ¿para qué? Los hechos se reconocen, se analizan, se establecen y se admiten. Hay en eso algo de fatal que nos impone la obligación de bajar la cabeza y seguir adelante.»

Hablando del sentimiento, dice: «El sentimiento, esa sensibilidad exquisita desarrollada en la mujer por tal manera, la consagra al amor. El amor es su vida. Una mujer sin amor es algo inverosímil é inconcebible, como el monstruo de Horacio.»

»Por el sentimiento, la contemplación de una falta, en vez de producir enojo, suscita su indulgencia. Cuando un arranque autoritario la hiere, no sabe protestar; se resigna. El espectáculo de las desdichas humanas no pone en sus labios una palabra de cólera; pero mueve su espíritu á la compasión. La des-

ventura del prójimo la halla caritativa, cuando al hombre tantas veces lo encuentra desdeñoso.

»Antes se inclina á la conciliación y á la paz que á la lucha. La discordia la espanta y el peligro la acobarda y anonada. En sus labios no ha puesto el lenguaje más procaz la blasfemia y el voto, que la cultura aparta también de



Emilio de Girardin.

lós del hombre, sino palabras de bondad. En su corazón los arranques de energía ceden á los sentimientos piadosos. En su semblante se dibuja casi siempre la dulzura, pocas la crueldad ó el sarcasmo. En el orgullo del hombre hay á veces algo desdeñoso ó humillante para cuantos le rodean; en la vanidad de la mujer suele no encontrarse más que la satisfacción exagerada de sus dichas ó de sus ilusiones.

»Nadie conoce tan pronto como ella que una falta á las conveniencias sociales ha venido á herir su dignidad; entonces, como la sensitiva, se estremece involuntariamente y plega sus hojas. Es la reina del gusto y ha inventado la moda para reflejar la movilidad de sus aficiones. Se la moteja de caprichosa, y el capricho no es más que la variedad de gustos producida por la rapidez con que se sucede en su espíritu una impresión á otra, sin dejar muchas veces la huella de un recuerdo. Se ha dicho que el sentimiento aproxima la mujer á la Naturaleza; pero no es menos cierto que la acerca á esa idea vaga y confusa que tenemos de la divinidad..... etc.»

En la mujer todo es amor y sentimiento, es verdad. ¡Cuántas y cuántas veces hemos presenciado en Granada, Málaga, Córdoba y Sevilla, y sobre todo en Madrid, elegantes jóvenes bajar envueltas en la *rica mantilla blanca*, llenas de gracia y de donosura, radiantes de esa belleza atractiva peculiar á la dama española, asistir á las lidias de toros, que aun se clasifican como *diversión propia de España!*... Vivimos ahora en la populosa, rica é industrial Barcelona, nuestra patria querida, y en honor á la verdad, debemos decir, que nos ha llamado la atención que la *dama catalana* mira con repugnancia estas escenas de sangre, impropias del corazón de la mujer, en el que todo es sentimiento y sensibilidad, y no asiste á las corridas de toros, bastante escasas por cierto. En cambio, la multitud de teatros que actúan están llenos de espectadores todas las noches, sobresaliendo en elegancia, gusto, riqueza y hermosura la mujer catalana, en sus diferentes situaciones sociales. Por nuestra parte podemos decir, que nos hemos encontrado muchas veces en las ciudades de Andalucía en ocasión en que se celebraban corridas de toros, y sólo dos veces hemos pecado: la primera en Granada para ver al célebre diestro Montes, y la segunda en Madrid cuando el infortunado Tato al dar un salto tuvo la desgracia de ser herido por el toro. En ambas funciones fuimos invitados. Aquí el honrado obrero asiste vestido con su blusa distintiva, á los espectáculos teatrales y el alma se llena de noble placer y simpática satisfacción al ver á los hijos del trabajo frecuentar la ópera italiana. La ilustración ha progresado hasta un punto increíble en nuestra amada Barcelona: ¡Ojalá se pudiera decir otro tanto de otras muchas ciudades de España!

¿No podemos deducir de todo ello, que si los sexos no son el uno inferior al otro, tampoco son perfectamente idénticos? La lucha entre el hombre y la mujer que proclama el realismo para la emancipación del bello sexo, solo conduce á un materialismo repugnante y á la disolución de la sociedad civil.

Aquí terminaríamos este capítulo, si las últimas publicaciones que han visto la luz pública (1880), no nos obligaran á añadir algunas otras consideraciones. *Las mujeres que matan y las mujeres que votan;* y *La mujer igual al*

hombre; la primera debida á la brillante imaginación de A. Dumás (hijo), y la segunda á la valentía escéptica tan peculiar á una edad avanzada como por fortuna alcanzó el honorable señor E. Girardín, en contestación á aquélla. (Bajó al sepulcro en 1881.)

No nos proponemos contestar, ni mucho menos refutar estas flamantes producciones. Solo presentaremos á nuestros lectores algunas sencillas indicaciones para que les sirvan de conveniente aviso.

Creemos que la ciencia y el progreso no pueden aceptar semejantes desvaríos, y que si la curiosidad y levantada reputación de sus autores les franquean el paso en los salones ó en el hogar sagrado de la familia laboriosa y honrada, bien pronto y sin grandes esfuerzos serán ambas producciones miradas con indiferente desdén, y hasta separadas de las manos de la juventud irreflexiva.

¡Á qué se pretende llamar *civilización*; y qué es lo que se quiere entender por *libertad!*

Enhorabuena que la mujer goce de ese *sublime* derecho del sufragio, como pretenden estos señores; que vaya llena de seductora majestad y atractiva gentileza á los comicios para depositar su voto en las urnas electorales; que interponga sus coquetonas influencias á favor de este ó aquel candidato, si con ello se enaltece el sexo hermoso y se pone igual al hombre, si con este *sagrado derecho* y sus gracias angelicales la patria y la sociedad consiguen salvarse...

Mas con sentimiento observamos que hemos vivido largos años en una equivocación lamentable, y hemos envejecido abrigando en nuestro pecho un error vulgar. Creíamos que el Cristianismo había levantado á la mujer del fango de la ignominiosa esclavitud; que la había enaltecido y regenerado, dándole derechos civiles y sociales, asegurando su porvenir y poniéndola al abrigo de la tiranía del hombre; creíamos, en verdad, que la Religión católica había hecho *la mujer igual al hombre.*

Empero vemos también con sorpresa que nuestros ojos estaban vendados y nuestra inteligencia ofuscada por el peso de añejas preocupaciones, disfrazadas con esas mal comprendidas y estúpidas moralidades y mistificadas virtudes, que ya no son más que carcomidas antiguallas, en opinión de estos sabios emancipadores. (Palabras del libro del señor E. Girardín: traducción de Madrid.)

Para que la *civilización* sea civilización y el *progreso* se llame progreso, continúan, y puedan alcanzar una brillante apoteosis, y el porvenir de la humanidad se presente despojado de tantas ilegalidades como amarran la *libertad* á envejecidas y despóticas instituciones; es *absolutamente* indispensable, ya lo han dicho estos dos publicistas los señores Dumás y Girardín, que se elabore una *ley electoral*, por la que la mujer ejerza el *derecho* del sufragio; es preci-

so, según estos señores, que la *prostitución* no sea prostitución, que se enaltezca el *amor libre*, en una palabra, que la animalidad con sus deformes vicios y asquerosas exigencias impere sobre la sociedad en que vivimos. Entonces, opinan estos sabios, la humanidad está salvada.

Entre los grandes problemas que este nuevo orden de cosas resolverá fácilmente, como aseguran los expresados publicistas, serán los del *adulterio* y de la *paternidad*.

Los hijos, añaden, llevarán el nombre de la madre, que los educará y mirará por su porvenir... la palabra *prostitución* no tendrá significado alguno... Y el señor de Girardín, autor más principal de esta jerigonza que presentamos en bosquejo y muy extractada, será, sin duda alguna, el filántropo que proveerá á estas pobres madres, convertidas por arte de magia en sabias institutrices, del suficiente peculio para mantener á tan honradas proles, vestir las y atender á las otras necesidades que la vida impone.

Y este buen señor, que ya contaba 78 navidades cuando pagó su deuda á la Naturaleza, decía con la mayor formalidad dirigiéndose al señor Dumás, su amigo, respecto á la *prostitución* y al *amor libre*, que aceptaba sus ideas representadas por la fórmula que sigue:

«La prostitución de la mujer va perdiendo poco á poco el carácter que ha tenido otras tantas veces. Los amores libres no harán otra cosa más que embellecer y aumentar.»

Y para que nadie dude ni ignore su manera de pensar en este grave y repugnante asunto, se pregunta: *¿Qué es en realidad la prostitución?* Y se contesta á sí propio: *La mujer que se vende*.... Todo esto se dice con desenfado á los 78 años, después de una vida agitada y alegre.

Sí; la prostitución es la mujer que se vende; mas, que se *vende á todos*, decimos nosotros. Empero mujer impúdica, lasciva y obscena, que hace de su cuerpo, juventud y hermosura un comercio cínico, inmundado y asqueroso, que ha perdido el pudor y la honradez, que se ha envilecido satisfaciendo los deseos voluptuosos de los hombres por alguna remuneración, que inculca un virus maléfico y destructor, que la sociedad mira con lástima y el Catolicismo regenera con su augusto manto; empero, si obcecada rechaza los santos consuelos de la Religión, el mundo huye de ella, y la señala con el degradante epíteto de *ramera*.

¡Cuánta diferencia existe entre la mujer prostituta, entre la *ramera* y la jóven dócil y obediente que acepta las consecuencias de una boda de especulación para sus superiores, ó el jóven que busca una dote para mejorar de posición! Las comparaciones del señor de Girardín en este punto son tan inexactas, que parece están traídas de los cabellos. Bien deberían conocerlo los

dos señores publicistas, á pesar de lo que uno de ellos ha consignado en su libro, *La mujer igual al hombre*.

No creemos que esta tan decantada *tiranía* del hombre con la mujer, la haya ejercido ninguno de estos señores, y estamos íntimamente convencidos de que ni la *prostitución* ni el *amor libre* los acepta el señor Dumás sino como una frase del momento, como un pensamiento de efecto; ningún padre que tenga hijas, ni mucho menos ningún hombre honrado, querrá semejantes desvarios é inmoralidades.

La mujer que llega, por desgracia, á prostituirse, se degrada hasta perder todo sentimiento de pudor y de dignidad; la suerte y el porvenir de la prostituta es, ha sido y será siempre triste y desconsolador; porque sus continuas obscenidades, sus cotidianos desarreglos y sus constantes orgías le hacen perder el corazón, agotan la sensibilidad y las funciones alteradas de su orgasmo de mujer se suspenden y se destruyen para que en la sociedad no represente la santa misión que la Naturaleza, obedeciendo á las leyes de Dios, le tiene señalada. ¡Desgraciada! que la misma Naturaleza te quita la responsabilidad y las consideraciones que entraña el augusto nombre de *Madre*. ¿Habrá visto el señor de Girardín en su larga peregrinación por la sociedad del siglo XIX, muchas prostitutas que ostentasen el nombre simpático y conmovedor de *Madre*? Nosotros que casi le igualamos en años, y que en virtud de la profesión hemos tenido lugar de estudiar á estas desgraciadas, las hemos visto casi siempre estériles.... Las estadísticas de los hospitales y demás casas benéficas, contestarán á las utopías de los señores Dumás y Girardín.

Se dice mucho y se habla demasiado de la *alta prostitución*, de esa prostitución elegante, cubierta de oropeles y de armiños, ostentando un fausto empalagoso é insultante y de todas las superficialidades del lujo y de la riqueza.

Nosotros no la conocemos; ó mejor, no debemos ni queremos conocerla.

Existirá probablemente, y será el oprobio de la humanidad, el baldón de ignominia que manchará la radiante frente de la mujer distinguida ó aristócrata, cuya educación ha sido esmerada; será la hediondez de unas clases, que por sus comodidades han de ser un espejo de virtud no empañado por el fétido aliento del libertino, aun cuando no esté muchas veces al alcance de la generalidad de las gentes.

Sí; con efecto, tenemos prostitución, sin duda alguna, entre la sociedad escogida, entre las personas ilustradas, entre aquellas que disfrutaban de comodidades y bienestar. Será una prostitución doblemente criminal y más digna de lástima, de desprecio y de castigo social, que la de aquella infeliz y desgraciada á quien el hambre, la miseria y las privaciones la han obligado á oír